

RONCAGLIA, Alessandro. 2019. *La era de la disgregación. Historia del pensamiento económico contemporáneo*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 598 pp.

El profesor Alessandro Roncaglia, uno de los grandes economistas italianos de nuestros días, publicó hace dos decenios su libro *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*, una muy celebrada revista de la historia de las principales escuelas de pensamiento económico. Esta obra concluía con dos breves capítulos titulados «La época de la fragmentación» y «¿A dónde vamos? Algunas consideraciones (muy provisionales)», los cuales, condensando lo sucedido en el mundo del desarrollo teórico de la economía desde Keynes, Schumpeter y Sraffa, dejaban al lector ciertamente insatisfecho. Decidido a saldar esta deuda, Roncaglia ha publicado recientemente este volumen, donde ha desarrollado con enorme profusión aquellos dos breves capítulos. Nos hallamos así ante una obra absolutamente imprescindible en la disciplina de la historia de las ideas económicas, que no está escasa de manuales generalistas, pero en la que es francamente difícil encontrar un volumen que cubra las contribuciones y escuelas más actuales, razón por la que se debe recurrir a otro tipo de obras como el ya clásico Snowdown y Vane (2005), centrado en la macroeconomía del siglo xx. Prensas Universitarias de Zaragoza, con un largo historial de traducciones al español de piezas clave de la historia del pensamiento económico (incluida la obra de Roncaglia arriba mencionada, editada en castellano en 2005), vuelve a poner a disposición tanto de los especialistas como de los economistas en general un texto de gran relevancia para entender la evolución de las ideas económicas en los últimos cincuenta años, período caracterizado por —como dice el título— la disgregación y la dispersión en el objeto de estudio y los métodos en el ámbito de la ciencia económica.

La era de la disgregación... ofrece, pues, un enorme panorama de los desarrollos teóricos recientes, que resalta precisamente la enorme variedad de enfoques, denunciando el tal vez insoluble problema de la enorme especialización que ha conducido de forma inevitable a la ignorancia sistemática por parte de los economistas de los desarrollos de otras subdivisiones de su ciencia. La división del trabajo ha eclosionado en la ciencia económica —al igual que en otros campos científicos— dificultando al economista la visión de conjunto; problema que, según algunos académicos como José Luis Cardoso o el propio Paul Krugman, podría explicar las escasas señales de alarma previas al desastre de 2008. Desde el punto de vista metodológico, Roncaglia

insiste en cómo la matematización de la ciencia económica ha copado el desarrollo de la ciencia en el último medio siglo, imprimiéndole un carácter particular. El viejo veredicto de Jevons de 1871, «todos los economistas deben ser matemáticos, so pena de no ser científicos», ha quedado así verificado. Las nuevas generaciones de economistas son víctimas de esta sentencia, casi sin excepción. En su exposición de las diferentes escuelas, Roncaglia se ha decantado por una línea expositiva que resalta «el debate cultural-analítico», dedicando mucho espacio a las heterodoxias, las cuales, como señala convenientemente, son tales en el período de análisis que abarca el libro, pero no lo fueron en épocas precedentes y —añade con intención— pueden no serlo en el futuro. En todo caso, el libro combina capítulos dedicados a escuelas de pensamiento con capítulos más concentrados en áreas de investigación económica.

La obra comienza con una revisión sintética de los conceptos fundamentales anteriores al siglo xx, de Adam Smith a Keynes, pasando por Ricardo, Marx, los marginalistas, Wicksell, Marshall, Veblen y Schumpeter. Tratar los fundamentos clásicos y marginalistas no es gratuito, pues ambos jugarán un papel importante en el desarrollo teórico de la segunda mitad del siglo pasado. La teoría del valor trabajo clásica queda así confrontada con la teoría del valor utilidad, y este será el trasfondo del debate del siglo xx entre las escuelas liberales y la gran mayoría de los enfoques heterodoxos. La aproximación marginalista se convertirá en la moderna ortodoxia, pero Roncaglia no deja de subrayar cómo los problemas de la teoría del valor trabajo evidentes en la obra de Ricardo consiguieron ser superados gracias a las aportaciones de Piero Sraffa en la segunda mitad del siglo xx. Reivindica así el autor la teoría del valor trabajo como una alternativa al marginalismo imperante, ahora ya con fundamentos mucho más sólidos.

El combate intelectual entre dos gigantes del siglo xx, representantes genuinos de estas dos tendencias, el propio Sraffa y Friedrich Hayek, con sus visiones de la teoría económica radicalmente contrapuestas, es uno de los grandes atractivos de este libro. Estos dos autores construyeron las bases conceptuales de las que beben las dos grandes heterodoxias de la segunda mitad del siglo xx, una a cada lado del espectro ideológico. En efecto, las dos principales escuelas ortodoxas de la segunda mitad del siglo xx rechazarán el radicalismo analítico de estos dos grandes: la escuela de Chicago se alejará de Hayek, así como el keynesianismo de la síntesis neoclásica lo hará de la interpretación sraffiana de Keynes. Roncaglia es un gran conocedor de Sraffa: su primer libro, *Sraffa e la teoria dei prezzi*, se editó en 1975; ha escrito asimismo varios artículos sobre sus contribuciones y su legado, y en 1999 culminó este aspecto de su obra con el libro *Sraffa: la biografia, l'opera, le scuole*. En este último, Roncaglia nuevamente subraya la relevancia de las aportaciones de Sraffa —un economista prácticamente ignorado en la formación de los economistas— como un «proyecto cultural», arroja luz sobre las debilidades del sistema jevonsiano y revive la propuesta clásica que, partiendo de Smith y pasando por Ricardo, llega hasta Marx. Roncaglia considera que las propuestas de Sraffa batieron a las de Hayek en el debate sobre el ciclo económico en las décadas centrales del siglo xx. Hayek dejaría así el combate teórico y pasaría al activismo político. Roncaglia establece el contraste entre el liberalismo político, que «tiene que ver con las libertades individuales», y el liberalismo eco-

nómico, esto es, «la libertad de acción de los agentes, en particular de las empresas, en los campos de la economía y de las finanzas». Las contribuciones de Hayek se referían a ambos aspectos, con un vínculo claro entre ellos: la libertad de acción en el campo económico la estimó un corolario de la libertad individual. La libertad debía aceptarse como principio, aplicable, por tanto, a cualquier campo (incluido el económico) sin necesidad de justificación.

Roncaglia se ocupa a continuación de los desarrollos *mainstream* de la segunda mitad del siglo xx. La nueva microeconomía se ha concentrado en el análisis de las decisiones del individuo bajo el supuesto de racionalidad. La tradición marginalista del *homo oeconomicus* maximizador que se enfrenta a restricciones y escasez de recursos adquirió un predominio absoluto. Los análisis de la utilidad esperada de Von Neumann y Morgenstern irían en esta dirección. Sin embargo, el *mainstream* no es monolítico: aproximaciones basadas en el equilibrio general walrasiano o los conocidos enfoques «imperialistas» de la escuela de Chicago, cuyo máximo exponente son las obras de Becker, completaban el panorama. Los desarrollos de la macroeconomía se concentran en las aportaciones de tres escuelas. La síntesis neoclásica, «un injerto keynesiano en el tronco marginalista», constituye el desarrollo analítico dominante en la segunda posguerra hasta que deje paso desde la década de los setenta a los desarrollos del monetarismo, primero, y de los llamados nuevos clásicos (la escuela de las expectativas racionales o segunda escuela de Chicago), después. Estas últimas escuelas tendrán ramificaciones muy relevantes en el mundo de la economía financiera que conducirán a teorías como la de la eficiencia de los mercados, basadas en la racionalidad extrema de los agentes y la asunción del vaciamiento de los mercados en el corto plazo. El monetarismo supone un retorno radical a la vieja idea smithiana de la mano invisible, pero —dice Roncaglia— leída con lentes extemporáneos. Stigler sería la figura principal detrás de este giro. La nueva escuela clásica no sería sino una exacerbación de estas posturas. Las teorías y políticas neoliberales prevalecerán así, a pesar de su —sostiene vehementemente Roncaglia— débil sustento teórico. El tercer grupo de aportaciones macroeconómicas de la segunda mitad del siglo xx, la escuela poskeynesiana, se analizará un poco más adelante.

Este escaso soporte teórico es explorado con intensidad en la siguiente sección, bajo el significativo título de «El debilitamiento del paradigma». Efectivamente, la economía comportamental (*behavioural economics*) y la idea de la racionalidad limitada constituyen un rechazo a la noción del *homo oeconomicus* marginalista, tanto desde arriba (no existe racionalidad perfecta) como desde abajo (las contribuciones de la economía experimental). La crítica a la idea de los mercados eficientes merece un capítulo particular dentro de esta sección, debido a las enormes consecuencias que tal teoría ha tenido en el devenir económico del mundo en la primera década del siglo xxi. La tesis monetarista y novoclásica de que el mercado produce orden, el dinero no tiene influencia en las variables reales y su corolario de que la política monetaria debe seguir reglas fijas condujo al conocido proceso de liberalización de los mercados financieros, iniciado a finales de la década de 1970, y a los excesos en la financiarización de la economía, desembocando en la crisis de 2008. Las aportaciones de autores como Minsky, cuya hipótesis de la inestabilidad financiera fue rescatada del olvido

después de la crisis, cuestionaban la extrema fe en el mercado de aquellas visiones. Para Minsky, el capitalismo es inestable y está plagado de incertidumbres (en particular, los mercados financieros). Por ello propone intervenciones discrecionales en tiempos de crisis y de burbujas, además de una fuerte regulación.

La quinta parte del libro aborda la pregunta inevitable ante las legítimas dudas sobre la solidez del *mainstream*: ¿es posible un nuevo paradigma? Roncaglia remarca la insatisfacción que el cuadro de la teoría económica de los últimos tres decenios le causa. En su opinión, que queda diáfana en el libro, los fundamentos de las teorías *mainstream* se apoyan sobre la base endeble de conceptos muy alejados del mundo real: agentes deshumanizados, preferencias del consumidor de naturaleza incierta, y un tratamiento de la incertidumbre desconcertante. Como consecuencia, la teoría económica —abandonado el refugio de una mercancía y un agente representativo— resulta ineficaz, por cuanto la unicidad y estabilidad del equilibrio se revela indemostrable. El análisis de las interpretaciones heterodoxas ocupa esta sección, una galería de desarrollos que Roncaglia trata con esmero y que abarcan desde la escuela de Cambridge y el marxismo del siglo XX hasta la teoría de las capacidades de Amartya Sen. Estos desarrollos rechazan la idea de equilibrio estático y el agente económico hedonista y maximizador, apostando por visiones evolucionistas dinámicas y agentes económicos complejos, cuyas elecciones no siempre son consistentes. Roncaglia repasa cuidadosamente las aportaciones de los poskeynesianos de la escuela de Cambridge (insiste Roncaglia en que su derrota en el enfrentamiento con el *mainstream* norteamericano no lo fue en el campo teórico —¡hasta Samuelson lo reconoció!—, sino en el terreno de la influencia cultural): Robinson, Kahn, Kaldor, Kalecki, etc., quienes se opusieron con fuerza a la vulgata keynesiana difundida por Hicks y Modigliani en el IS-LM. Pasa después el autor a revisar las contribuciones de las escuelas *raffianas* (Pasinetti, Garegnani y Sylos Labini), para desembocar en su apuesta analítica personal, avanzando la posibilidad de una síntesis keynesiano-*raffiana* «que pueda constituir una base de referencia para las diversas corrientes de la teoría heterodoxa». Para superar las grandes divergencias entre ambos planteamientos, descritos anteriormente, reconoce la necesidad de una metodología de investigación flexible y multidisciplinar. El análisis de las aportaciones del marxismo, el evolucionismo y el institucionalismo retoma otras tradiciones heterodoxas que tratan de encontrar su lugar en la economía actual. El viejo marxismo ha rejuvenecido en los campos de la economía ecológica o la economía feminista, mientras que el institucionalismo ha tenido desarrollos dispares, cuando no opuestos, en la obra de Galbraith y otros institucionalistas de corte heterodoxo, herederos de la tradición de Veblen, y en la economía institucionalista como rama de la microeconomía *mainstream*. Este repaso de las heterodoxias contemporáneas constituye quizás la parte más interesante de la obra. Estas visiones batallan por hacerse oír en una comunidad científica poco proclive a abandonar las formas de investigar consolidadas. Roncaglia señala el peligro de que la ortodoxia predominante despache las visiones alternativas con el apelativo despectivo de «negacionistas».

Finalmente, la inclusión de un último capítulo sobre «Ética y bienestar» es un manifiesto en favor de la ciencia de la economía como herramienta para conseguir la

mejora de la vida de los seres humanos, rechazando el conocido apelativo de «ciencia lúgubre» de Carlyle (quien, por cierto, no se estaba refiriendo a la economía clásica como portadora de malos augurios para la clase trabajadora). Roncaglia participa de las inquietudes contemporáneas sobre desarrollo y bienestar, desigualdad, y preocupación por las consecuencias del cambio climático, y señala el cambio experimentado en las últimas décadas en la distribución de la renta hacia situaciones más desiguales. Inevitablemente desfilan por estas páginas las contribuciones de Gini, Sen, Rawls y Piketty, insistiendo mucho en las aportaciones del segundo. La influencia de Sen queda patente en la asunción de sus aportaciones por instituciones internacionales de relevancia indiscutible como la ONU o el Banco Mundial. Reivindica así Roncaglia la vieja ascendencia de la economía política, la filosofía moral, y su inseparabilidad de la ética. El investigador económico no debería olvidarlo. En palabras del autor, ya en la última página, «el economista útil es un economista éticamente comprometido que persigue el bien común», aunque —recalca— queda el problema de cómo definir el bien común, y llama por ello a la discusión honesta, el debate, y al estudio del pensamiento de los economistas como aspecto central de su actividad.

En resumen, esta obra de Roncaglia es un esfuerzo formidable por poner orden en la disgregación del pensamiento económico contemporáneo. A pesar de la enorme complejidad del intento y de la ingente cantidad de autores, conceptos y elementos que deben mencionarse, y que en ciertos momentos llegan a abrumar al lector, Roncaglia consigue salir victorioso del desafío que se impuso a sí mismo. Pero, más allá del esfuerzo intelectual, la trascendencia de este libro para la historia del pensamiento económico es importante, pues se introduce en campos prácticamente vírgenes para los manuales de la disciplina, que habrán de incorporar, al menos parcialmente, todas estas nuevas corrientes, cuyos logros y limitaciones deberían ser explicadas a los economistas en formación en nuestras universidades.

FRANCISCO JAVIER SAN JULIÁN ARRUPE
Universitat de Barcelona
<https://orcid.org/0000-0001-8896-4215>
jsanjulian@ub.edu